

¿De qué lado estábamos? La política no declarada de la teoría del pánico moral

Whose side were we on? The undeclared politics of moral panic theory

Stanley Cohen

London School of Economics

RESUMEN

Este documento trata de algunas dimensiones políticas ocultas de la teoría del pánico moral. Se concentra en las implicaciones de dos afirmaciones relacionadas con lo que significó esta batalla: primero, que los pánicos morales son inherentemente normativos y pueden ser categorizados como pánicos morales buenos y malos (los que estudiamos son invariablemente malos); segundo, que los estudiosos de los pánicos morales tienen que tomar partido en esta batalla normativa. Existen diferencias en la forma en que esta pregunta se planteó originalmente a finales de la década de 1960 y en la actualidad

ABSTRACT

This paper deals with some hidden political dimensions of moral panic theory. It concentrates on the implications of two related claims about what this battle meant: first, that moral panics are inherently normative and can be categorized as good and bad moral panics (the ones that we study are invariably bad); second, that students of moral panics have to take sides in this normative battle. There are differences in the ways this question was originally posed in the late 1960s and today.

PALABRAS CLAVES

Desviación—etiquetamiento—pánico moral

KEYWORDS:

Deviance—labelling—moral panics

Publicado originalmente en: *Crime Media Culture* 7 (3), 2011, 237-243. Traducción Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP), revisado por Esteban Rodríguez Alzueta (LESyC, UNQ).

Este documento trata ciertos aspectos políticos de la teoría del pánico moral. Hace tiempo que somos conscientes de los programas políticos ocultos y no tan ocultos que se esconden tras las estrategias y la retórica de los pánicos morales. La mayor parte del tema ha sido bien expuesto y analizado con ayuda (Garland, 2008). Sin embargo, no siempre hemos seguido la incómoda afirmación de que el concepto es intrínsecamente crítico, normativo y tendencioso. Tampoco hay respuestas satisfactorias a una pregunta derivada: ¿puede haber pánico moral bueno y malo? (Cohen, 2002). Todas esas preguntas—versiones de la vieja sociología de la desviación de los años 60, bajo el eslogan “¿De qué lado estamos?”—suenan vergonzosamente simplificadas a la conciencia postmoderna. Pero estas preguntas, 40 años después, siguen siendo las mismas (y no son en absoluto sencillas).

Los ejemplos incluyen ¿Cómo influyen las consideraciones políticas en la selección primaria de ciertas condiciones para la exposición y la construcción como un pánico moral potencial? Entonces, después de que la condición se convierte en un candidato para el estatus de pánico moral, ¿cómo utilizan los definidores primarios—los medios de comunicación, los políticos, los agentes de control social, los empresarios morales—tácticas políticas particulares y construcciones retóricas? ¿Cuáles son las consecuencias políticas dominantes de los pánicos morales? Y así sucesivamente.

Tomando partido: pánico moral bueno y malo

Al principio, las respuestas se formularon en términos del modelo liberal y pluralista de mantenimiento de límites y de la clarificación de las normas de Durkheim. Los ejemplos provienen de la categoría de corta duración de “delitos sin víctimas” que, por muy equivocados que fueran, suscitaron disputas básicas de definición sobre desviaciones como la homosexualidad, la pornografía, el consumo de drogas, los juegos de azar y el aborto. Todas ellas fueron objeto de

controversia, incluso entre las sociedades dentro del consenso liberal. *Policing the Crisis* (Hall *et al.*, 1978) asumió el delito altamente consensuado del asalto, y propuso una visión más hegemónica de los valores y una visión más política del contexto de los pánicos morales. Pero ambas versiones dieron por sentado su propio antagonismo con los valores que defendían los pánicos morales. El desdibujamiento cada vez mayor de las fronteras entre la delincuencia y la política—la politización de la delincuencia y la criminalización de la política—comenzó a complicar la vida en algunas direcciones inesperadas. Así, dos criminólogos han aplicado explícitamente el modelo del pánico moral a fenómenos políticos “obvios” como la guerra contra el terrorismo (Welch, 2006) y los aspectos internos de la guerra de Estados Unidos contra Irak (Bonn, 2010). Los resultados de tales ejercicios—cualquier cosa que puedan añadir a nuestro entendimiento sobre el terror y la guerra—ciertamente sacan a relucir la narrativa política detrás de la teoría del pánico moral.

Pero, ¿puede alguien de “nuestro lado” encontrar un pánico moral bueno, positivo o aprobado? Jenkins, uno de los pocos estudiosos del pánico moral que plantea explícitamente la cuestión, es también uno de los pocos que se mantiene obstinadamente al margen del consenso liberal. Repite la conocida acusación de que la teoría del pánico moral asegura (mediante una lógica circular) que sus afirmaciones de objetividad siempre sonarán falsas o exageradas: “¿Quién ha oído hablar de un pánico *legítimo* o de una histeria *bien fundada*?” (Jenkins, 2009: 36, énfasis en el original). Los casos siguen siendo elegidos, afirma, debido a su idoneidad para ser desacreditados por los liberales. El pánico moral es otro término de corrección política (un argumento poco convincente, ya que de hecho ha habido numerosos pánicos morales en torno al abuso infantil).

Echemos un vistazo más matizado a esta crítica estándar. ¿Hay, de hecho, algo sobre la construcción de pánicos morales que no se está declarando abiertamente?

La crítica estándar ve la atribución del pánico moral como una forma de permisividad libertaria, una tolerancia de ciertas condiciones que sin duda deberían ser condenadas. La primera ola de la nueva teoría de la desviación había argumentado que *demasiadas* cosas estaban siendo criminalizadas, desvirtuadas o problematizadas: “definiendo la desviación”, como más tarde se llamó. Pero, al igual que el ataque, las ansiedades sociales de las personas directamente afectadas estaban justificadas y eran respuestas genuinas al sufrimiento real o al riesgo futuro. Las respuestas morales de las personas que no están directamente afectadas, y que a pesar de eso se involucran, son seguramente normales (o incluso loables) y no merecen etiquetas peyorativas como “empresa moral” o “sesgo mediático” sólo porque su celo pueda conducir a errores, exageraciones o excesos retóricos perfectamente razonables.

Una versión más fuerte de la crítica remonta la teoría del pánico moral a los trasfondos románticos de los años sesenta. No sólo se despenalizaban los “crímenes sin víctimas” (una categoría dudosa en sí misma)—definiendo la desviación—sino que estas vidas (o “estilos de vida”) eran al menos viables, a lo sumo admirables, incluso heroicas. Este es nuestro primer vistazo de una respuesta a la pregunta simplista: “¿De qué lado estás?”. Desafortunadamente para aquellos que trataban de crear un pánico moral sobre la teoría del pánico moral, este vistazo a la subversión era todo lo que tenían. Según el relato de la autocorrección, la criminología crítica ha perdido su impulso deconstructivo y ha vuelto a tomar más en serio la delincuencia.

Es cierto que los elementos eclécticos del discurso original—el interaccionismo simbólico, el socialismo libertario, la justicia reparadora—apenas se sumaron a una política social coherente. La política social es por definición intervencionista. En el caso de la política de control de la delincuencia, esto suele implicar la creación y aplicación de reglamentos. Estas respuestas sólo tienen sentido si usted se ha tomado el problema en serio. Por supuesto, es posible—

yo diría que deseable—ser escéptico, desacreditador y deconstructivo al mismo tiempo que intervencionista y activista. En la narrativa estándar, sin embargo, la supuesta incompatibilidad entre deconstrucción e intervención se vuelve ahora insostenible; por lo tanto, el paradigma se desplaza hacia el “realismo de izquierda” y la “toma en serio del delito”. La influencia gradual pero masiva del feminismo más el “descubrimiento” general de la víctima crearon más lazos de denuncia, más reglas y regulaciones, más desviaciones—el “abuso emocional”, el “crimen de odio” y el “acoso sexual” son ejemplos típicos—y, por lo tanto, más pánicos morales que identificar y estudiar.

Sigan entrando en pánico

No tengo una base de referencia objetiva ni mediciones válidas de la expansión, pero mi fuerte impresión es que, desde mediados de la década de 1990, ha habido aumentos significativos en (1) el número de nuevos pánicos morales (difíciles de probar); (2) las respuestas registradas públicamente a los pánicos morales etiquetados (razonablemente fáciles de probar por referencias de los medios de comunicación, recuentos de Google, etc.); y (3) la velocidad a la que esos pánicos morales se convierten en estudios de caso académicos (muy fácil de probar por métodos tales como índices de citas o el número de artículos presentados en conferencias como ésta con títulos como “Moral Panics in the Contemporary World”). ¿Qué puede estar sucediendo detrás de estos aumentos?

Vale la pena seguir una serie de líneas teóricas. En la versión original de *Folk Devils and Moral Panics* (Cohen, 1972), utilicé la ingeniosa adaptación de Leslie Wilkins de la teoría cibernética para explicar dos cuestiones centrales: (1) cómo los niveles de tolerancia dependen de la cantidad y calidad de la información sobre la desviación; y (2) cómo bajo ciertas condiciones, el pánico moral llevó a la amplificación de la desviación—un aumento en la cantidad e intensidad de la desviación. Este modelo era demasiado mecanicista

y determinista para los que seguíamos el espíritu de los años sesenta. Dejé de intentar seguir la pista de estas ideas que se habían vuelto cada vez más técnicas y bastante desinteresadas en los problemas sociales.

Pero el término “sociedad de la información” tiene su propia resonancia y mística. Podemos ver fácilmente que los cambios en la tecnología de la información y el potencial masivo de las redes sociales por sí solos explicarían la facilidad y rapidez con que se pueden transmitir y construir las etapas de los pánicos morales. Una fuente más familiar es el pegamento ideológico que mantiene unida a la empresa. Ahora podemos monitorear (incluso a nivel internacional) las trayectorias, conflictos, opciones políticas y puntos de inflexión en la construcción de pánicos ideológicos. Esto se aplica tanto a las ideologías vinculantes y globales (religión, comunismo, ecologismo) como a la cuestión individual restringida (como una violación particular de la ética médica, un acto de violencia sexual extrema o un juicio erróneo de la policía).

Se han examinado los vínculos con los movimientos sociales existentes y las políticas de identidad, así como las políticas de pánico individual (por ejemplo, el feminismo y la violencia sexual). Sin embargo, ha habido menos intentos de estudiar los grupos de acuerdo con el *contenido* de los pánicos. ¿Comparten los pánicos morales sobre cuestiones de género las mismas estrategias políticas y la misma estructura profunda que las relativas a la raza, la etnia y la inmigración? Cuatro temas son de gran importancia en la configuración del terreno actual de los pánicos morales.

En primer lugar, hay pánicos morales inspirados por el feminismo, ya sea directamente (en áreas como el prejuicio de género, la discriminación, la charla y/o conducta pública sexista, la identidad sexual) o indirectamente (abuso infantil, violencia familiar, trata de mujeres). Estos han sido objetos constantes de pánico tanto en los medios de comunicación como en las empresas. En tales casos, la ideología apoya o socava otros intereses. Creo que un ejemplo reciente se convertirá en un icono en su banalidad. El 21 de enero de

2011, dos conocidos comentaristas futbolísticos de Sky Sports, Andy Gray y Richard Keys, hicieron comentarios despectivos y sexistas sobre una árbitro asistente femenina. No sabían que, durante una pausa en una transmisión en vivo, los micrófonos se habían dejado abiertos por error (aunque no eran audibles para el público que los escuchaba).

Esta conversación se filtró al *Daily Mail*, provocando inmediatamente un escándalo, con el periódico apelando a sus lectores a la solidaridad para denunciar este “sexismo enfermizo”. Sky Sports anunció que se tomarían medidas disciplinarias (multas, suspensiones), pero esto no fue suficiente. Se filtraron más grabaciones incriminatorias. Sky Sports despidió a los dos comentaristas con efecto inmediato. El micro pánico moral de cinco días había terminado. Las recientes maniobras realizadas por y dentro del imperio mediático de Rupert Murdoch sugieren otros aspectos de la historia además de la conciencia feminista de los lectores del *Daily Mail*. La caída del escándalo del hackeo telefónico aliado con el deseo de Murdoch de comprar todas las acciones de BSkyB que aún no posee le hizo particularmente deseoso de resolver el asunto lo antes posible y de una manera públicamente aceptable. La mayoría de la gente estaba bastante satisfecha con la conclusión del *Independent* el 25 de enero de 2011 de que “el prejuicio expresado por Keys y Gray no sólo era chocante, sino que también arrojaba serias dudas sobre su credibilidad futura cuando el fútbol se veía asediado por algo que podríamos describir como una crisis moral” (Lawton, 2011). Es más probable que este pánico incipiente se resolviera por razones que tenían menos que ver con la moralidad y más con las consideraciones del mercado y la volatilidad del interés de los medios de comunicación. Hay cuestiones más generales acerca de los pánicos breves o abortados; por ejemplo, si la rectitud moral que anima su puesta en marcha es tan persuasiva y sincera, es difícil ver por qué esto se desvanece tan pronto. Es demasiado fácil ver que los temas serios ahora se rinden a la estética de Twitter—esporádicos, sin

sentido y aullidos de staccato en lugar de los aullidos pesados, cargados de fatalidad y prolongados de un pánico moral clásico (por ejemplo, cuando la información sobre las altas cifras de inmigración desencadena un análisis ponderado sobre la erosión de la identidad británica en el siglo XX).

Había tres temas ideológicamente impulsados que habían estado “esperando” durante mucho tiempo su lugar en el escenario histórico. Necesitaban alguna permutación del potencial dramático, espacio mediático, víctimas adecuadas, incidentes precipitantes, demonios populares a la espera y una narrativa atractiva. En primer lugar, está el *delito corporativo*, especialmente los temas de *accountability* [rendición de cuentas], responsabilidad y encubrimiento (el icono de Bernie Madoff); en segundo lugar, hay *delitos de Estado* y categorías o formas conexas: crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra, genocidio, tortura (Mugabe, Milosevic, Saddam Hussein—toda una galería de iconos); y el tercero son los problemas y *delitos ambientales* graves, como la contaminación, el cambio climático y su negación (Exxon, BP).

Ya están surgiendo nuevas formas y características de pánico moral, tratando de adaptarse en estilo evolutivo a las nuevas condiciones de la postmodernidad. Aquí hay algunas, aunque su forma final aún no está clara.

1. Es más fácil para nosotros (los críticos sociológicos del pánico moral) identificarnos con el tipo de empresarios morales detrás de los nuevos pánicos que con los empresarios tradicionales. Estamos más cerca de ellos en la clase social, la educación y la ideología. Además, es más probable que estemos de acuerdo con ellos en la distinción entre pánico moral (el problema se toma demasiado en serio) y negación (el problema no se toma lo suficientemente en serio).
2. Las alianzas entre las fuerzas políticas son ahora más plásticas y flexibles. Los pánicos sobre las víctimas “genuinas” (de desastres naturales, por ejemplo) generan más consenso que las víctimas

- inciertas, o incluso “indignas”, como las personas sin hogar o en situación de calle.
3. Los pánicos morales tradicionales están diseñados por la élite. Los nuevos pánicos pueden no ser del todo populistas, pero dan más espacio a los movimientos sociales, a las políticas de identidad y a las víctimas.
 4. Teóricamente puede haber pánicos morales “negativos” (los tradicionales que los criminólogos detectan, exponen y critican con tanta facilidad) pero también “positivos” en los que aprobamos los valores más allá del “pánico” pero no la etiqueta en sí. Suena mucho más sensato hablar de una “cruzada aceptada” que de un “pánico aceptado”. Pero esto perdería precisamente la connotación particular de “pánico” que se quiere conservar.
 5. El tono dominante de los nuevos pánicos ya no es no intervencionista. De hecho, más intervención es el índice (literalmente) observable de éxito, en particular la construcción de más leyes, normas, contratos y reglamentos. Las bases sociales de los nuevos criminalizadores (Cohen, 1988) son sin duda de interés—o bien (1) son post-liberales que provienen de una generación despenalizadora—la moralidad privada no es asunto del Estado, el ensanchamiento de la red conduce a la extensión oculta del poder estatal, etc, o (2) son parte del nuevo derecho—están en contra del poder estatal que toma la forma de regulación sobre la salud, el bienestar, el riesgo de enfermedades, la protección, el “odio” y el medio ambiente, pero la moralidad privada (sexualidad, aborto, estilos de vida) debería ser aún más asunto del Estado. También tienen pocos problemas con la expansión del sistema penitenciario.
 6. Ciertos pánicos morales nuevos pueden entenderse como movimientos “anti-negación”. El mensaje es que la negación—encubrimiento, evasión, normalización, hacer la vista gorda, tolerancia, etc.—de ciertas condiciones, acontecimientos y

comportamientos sociales es moralmente errónea y políticamente irracional. El reconocimiento se convierte en el slogan. Las realidades que antes se negaban ahora deben ser señaladas a la atención del público, sus peligros expuestos y su inmoralidad denunciada.

Es casi imposible usar ciertas palabras de manera neutral: pasividad, inercia, silencio, apatía, indiferencia, normalización, colusión, encubrimiento, hacer la vista gorda, el efecto espectador, la fatiga compasiva. Lo contrario de todo esto es reconocer la verdad y actuar en consecuencia. Mi libro *States of Denial* (Cohen, 2001) es un estudio de los mecanismos de la negación: la evasión—por parte de individuos y culturas enteras—del conocimiento incómodo, los muchos estados de saber y no saber al mismo tiempo.

Permítanme utilizar la negación del cambio climático para ilustrar cómo ciertos rasgos más nuevos de los pánicos morales aparecen con el caparazón de los antiguos. La retórica sobre el cambio climático se basa en el repertorio clásico del pánico moral: desastre, predicciones apocalípticas, advertencia de lo que podría suceder si no se hace nada y colocar el problema en términos más amplios (el futuro del planeta, nada menos). El movimiento del cambio climático tiende cada vez más a construir todo tipo de escepticismo, duda, cualificación o desacuerdo como negación. Y no sólo significan la negación pasiva de la indiferencia, sino también el trabajo activo de los “negadores”. Los escépticos son, en efecto, demonios populares: tratados como retrasados o locos, personas que simplemente no lo entienden—como si fueran terratenientes—o que están en la nómina de las corporaciones petroleras. Algunos empresarios han sugerido que la negación del cambio climático debería convertirse en un delito como la negación del Holocausto; los negadores deberían ser llevados ante un tribunal al estilo de Nuremberg y ser responsables de las miles de muertes que se producirán si no se tiene en cuenta la alarma del calentamiento global.

Estas visiones apocalípticas son demasiado extremas para ser tomadas muy en serio por la sociología de los pánicos morales. Sin embargo, el cambio climático (y todo el movimiento ecologista) es de especial interés para nosotros debido a la presencia generalizada de la ideología en entornos mundanos (hogar, escuela, medios de comunicación y lugar de trabajo). En estos contextos, el buen ciudadano debe ajustarse a regímenes de control de la conducta (reciclaje, ahorro de energía, alimentación) que no son onerosos en sí mismos, pero que exigen el monopolio de lo que constituye una "vida ética". Aunque las cuestiones ambientales serán importantes como sitios potenciales para el pánico moral, creo que el sitio más importante será cualquier cosa relacionada con la inmigración, los migrantes, la absorción multicultural, los refugiados, los controles fronterizos y los solicitantes de asilo. Este tema es más político, más tenso y más susceptible a la violencia. Nótese también cuán políticamente ambiguos e intelectualmente difíciles pueden ser estos nuevos temas. ¿Qué pensamos, por ejemplo, de las mujeres que llevan el burkha? ¿Por qué la prohibición legal francesa de llevar el burkha es vista por algunos multiculturalistas como una victoria, y por otros como una derrota?

Pero en lugar de tales comparaciones ad hoc, estoy de acuerdo con Critcher (2009: 30) en que necesitamos un criterio o tipología previa. Critcher ve el pánico moral como una forma extrema de regulación moral con su propia categoría conceptual. Identifica tres dimensiones de la "construcción discursiva" para distinguir entre formas de regulación moral o entre regulación y pánico. Imagine la clasificación (alta/media/baja) de cada una de las siguientes dimensiones: (1) la amenaza percibida al orden moral planteado por un asunto; (2) la medida en que se considera que puede ser objeto de control social; y (3) hasta qué punto invita a la autoformación ética.

La convocatoria inicial de ponencias de la Conferencia dio como resultado la presentación de 175 ponencias, de las cuales 111 fueron

aceptadas¹. Algunos de ellos eran trabajos teóricos generales para las sesiones plenarias, otros mezclaban datos empíricos y teoría. Al final, se presentaron entre 75 y 80 trabajos, cada uno sobre su propio pánico moral. Mi estimación aproximada es que 120 grupos sobre pánico moral (algunos casos aislados, otros en grupos de temas similares) están siendo estudiados a nivel de doctorado y superior en universidades británicas.

¿Qué hacían antes de que llegáramos para estudiarlos?

¹ Gracias a Amanda Rohloff por esta información y por su ayuda.

Referencias

- Bonn, S. A.: *Mass Deception: Moral Panic and the US War on Iraq*, New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2010.
- Cohen, S.: *Folk Devils and Moral Panics*, St Albans, UK: Paladin, 1972.
- Cohen, S.: “The object of criminology: Some reflections on the new criminalization”, en: *Against Criminology*, New Brunswick, NJ: Transaction, 1988, 235–276.
- Cohen, S.: *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*, Cambridge: Polity Press, 2001 [trad.: *Estados de negación*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2005].
- Cohen, S.: “Moral panics as cultural politics”, en: *Folk Devils and Moral Panics* (3° ed.), Routledge: London, 2002, vii–xliv. [trad.: “Prólogo a la tercera edición”, en: *Demonios populares y pánicos morales*, Barcelona: Gedisa, 2015, 9-50].
- Critcher, C.: “Widening the focus: Moral panics as moral regulation”, *The British Journal of Criminology* 49 (1), 2009, 17–34.
- Garland, D.: “On the concept of moral panic”, *Crime, Media, Culture* 4 (1), 2008, 9–30.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. and Roberts, B.: *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*, London: Macmillan, 1978.
- Jenkins, P.: “Failure to launch: Why do some social issues fail to detonate moral panics?”, *The British Journal of Criminology* 49 (1), 2009, 35–47.
- Lawton, J.: “Keys and Gray are supposed to be the voices of football not bitter derision”, *Independent*, 25 January 2011.
- Welch, M.: *Scapegoats of September 11th: Hate Crimes and State Crimes in the War on Terror*, New Brunswick NJ: Rutgers University Press, 2006.